

aquella disposicion que podia luchar con el cariño, cuyo imperio temia. Sus principios eran severos, y el misterio que cubria la vida pasada del objeto de su amor le ocasionaba sumo pesar. Las acciones de Corina le agradaban en extremo; pero algunas veces le parecia que las animaba demasiado el deseo universal de dar gusto; hallábale mucha nobleza, y mucha modestia en las conversaciones y en el semblante; pero harta indulgencia en las opiniones. En fin Osvaldo era un hombre seducido y dominado que aun conservaba dentro de sí una resistencia contra lo que experimentaba. Esta situacion suele causar amargura; hallámonos descontentos de nosotros mismos y de los demas; padecemos y sentimos como necesidad de padecer mas todavía, ó á lo ménos de proporcionar una explicacion violenta que haga triunfar del todo á uno de los dos sentimientos que despedazan el corazon.

En esta disposicion escribió á Corina lord Nelvil. Su carta era dura y poco cortesana; advertíalo, pero sus confusos impulsos le inclinaban á enviarla, porque su guerra interior le hacia tan desgraciado, que á cualquier precio deseaba una ocasion para darle fin.

Una voz, á que no daba fe, pero que el Conde de Erfeuil le habia participado, contribuyó tal vez tambien á hacer mas ásperas sus expresiones. Decíase en Roma que Corina daba su mano al príncipe de Amalfi; y si bien Osvaldo sabia no le amaba, y debia pensar que el baile era el único fundamento

de esta noticia, se persuadió le habia recibido en su casa la mañana del dia en que él no logró entrar, y demasiado altivo para manifestar un sentimiento celoso, satisfizo su secreto descontento, vituperando á la nacion á quien veia con tanto pesar que Corina daba la preferencia.

CAPITULO III

CARTA DE OSVALDO Á CORINA

21 de enero de 1795.

« Os negais á verme, porque estais agraviada de nuestra conversacion de anteayer, y os proponeis sin duda no admitir ya en vuestra casa mas que á vuestros paisanos, queriendo expiar el yerro que habeis cometido en recibir á un hombre de otra nacion. No obstante, en lugar de arrepentirme de haber hablado con sinceridad acerca de las Italianas, á vos, á quien en mis ilusiones queria considerar como Inglesa, me determinaré á decir con mayor fuerza todavía, que si escogeis esposo entre la sociedad que os rodea, no encontrareis ventura ni dignidad. No conozco entre los Italianos hombre alguno que os pueda merecer ni hay uno á quien no hon-

ráseis con vuestro enlace, cualquiera título que os diese. Los hombres en Italia valen mucho **ménos** que las mujeres, porque tienen los defectos de estas, y además los suyos propios. ¿Me persuadireis son capaces de amar esos habitantes del mediodía que huyen con tanto afán de las penas, y están tan determinados á ser felices? ¿Nos visteis, lo sé de vos, el mes anterior en el teatro, á un hombre que habia perdido á su mujer, y á una mujer amada, según decia, ocho días ántes? Lo que aquí se quiere es libertarse, cuanto mas presto sea posible, de los muertos, y de la idea de la muerte: los sacerdotes cumplen con las ceremonias de los funerales, como los cuidados del amor se confían á los *caballeros sirvientes*; los ritos y el hábito lo han prescrito ya todo de antemano y los sentimientos y el entusiasmo no tienen parte en nada. Por fin, y esto es lo que destruye en especial el amor, los hombres no inspiran ninguna especie de respeto á las mujeres; ellas no les estiman su sumision, porque no tienen ninguna firmeza de carácter ni ocupacion seria en la vida. Es indispensable para que se muestren en toda su belleza la naturaleza y el orden social, que el hombre sea protector y la mujer protegida, mas que aquel protector adore la debilidad que defiende, y respete la divinidad sin poder, que como sus dioses Penates, trae ventura á su casa: aquí casi podría decirse que las mujeres son el sultan, y los hombres el serrallo.

» Los hombres tienen la dulzura y la flexibilidad del carácter de las mujeres. Un proverbio italiano dice: *Quien no sabe fingir no sabe vivir*. ¿No es este un proverbio de mujer? y en efecto, en un país donde no hay carrera militar, ni instituciones, ¿cómo puede un hombre adquirir fuerza ni dignidad? Por esto todo su talento se dirige á la habilidad, y juegan la vida como una partida de damas en que no hay mas que fortuna. Las memorias que conservan de la antigüedad, solo consisten en cierto tono agigantado en las expresiones, y en la magnificencia exterior; pero al lado de esta grandeza sin fundamentos, se ven con frecuencia las inclinaciones mas bajas, y el abandono mas despreciable en la vida doméstica. ¿Es esta, Corina, la nacion que debeis preferir á todas? ¿cuyos ruidosos aplausos os son tan precisos, que cualquiera otra suerte os parecería silenciosa en comparacion de esos resonantes *bravo*? ¿Quién osaría lisonjearse de haceros dichosa apartándoos de este estruendo? Sois una criatura incomprensible, profunda en vuestros sentimientos, y superficial en vuestras inclinaciones; independiente por la altivez de vuestra alma, y no obstante dominada por la necesidad de la distraccion; sois capaz de amar á uno solo, mas necesitáis de todos: como una mágica dais inquietud, y tranquilizais alternativamente; os mostrais sublime, y desapareceis de improviso de aquella region donde estais sola, para confundiros en el tropel.

Corina, Corina, ¡no es dable dejar de temeros amándooos!

» OSVALDO. »

Ofendióse Corina, al leer esta carta, de las odiosas preocupaciones que Osvaldo manifestaba contra su nacion; mas tuvo, no obstante, la felicidad de adivinar que estaba irritado de la fiesta, y de que se hubiese negado á recibirle despues de la conversacion de la cena; y esta reflexion suavizó algo la impresion desagradable de la carta. Vaciló algun tiempo, ó por lo ménos creyó que vacilaba, en cuanto al modo de portarse con él: su pasion la inclinaba á volverle á ver; pero sentia infinito llegase á presumir que deseaba ser su esposa; si bien sus riquezas eran por lo ménos iguales, y ella podia, descubriendo su nombre, mostrar que no era inferior su clase á la de lord Nelvil. Sin embargo la singularidad y la independenciam de la vida que habia escogido, debian inspirarle poca inclinacion al matrimonio; y sin duda alguna hubiera desterrado semejante idea, si su pasion no la cegara ocultándole todos los sinsabores que habia de pasar con dar su mano á un Inglés, y renunciar á Italia.

Podemos deponer el orgullo en todo lo que depende del corazon, pero en presentándose los usos ó los intereses del mundo de cualquiera forma por obstáculo, en pudiéndose suponer que la persona amada haria un sacrificio si se uniese á nosotros

ya no es posible manifestarle sobre este punto ningun abandono de pasion. No obstante, Corina, no atreviéndose á indisponerse del todo con Osvaldo, trató de persuadirse podria verle otra vez, y ocultarle el amor que le inspiraba; con esta intencion se ciñó en su carta únicamente á responder á sus injustas acusaciones contra la nacion italiana, y á reflexionar con él sobre este asunto, como si ningun otro la interesase: en efecto, quizá el mejor medio que tiene una mujer de talento superior para recobrar su indiferencia y su dignidad, es recogerse en la meditacion como en un asilo.

CORINA Á LORD NELVIL

25 de enero de 1795

« Milord, si vuestra carta hablase solo de mí, no trataria de justificarme, porque mi carácter es tan fácil de conocer, que quien no me entendiese por sí mismo no me comprenderia mejor por la explicacion que yo podria darle. El recato lleno de virtud de las mujeres inglesas, y el arte lleno de gracias de las mujeres francesas, sirven muchas veces, creedme, para ocultar la mitad de lo que unas y otras tienen en su corazon; y lo que quereis llamar en mí magia, es una naturalidad sencilla que manifiesta tal vez sentimientos diferentes, y sentimientos encontrados, sin trabajar para conciliarlos; porque se-

mejante acuerdo cuando existe, es casi siempre fingido, y la mayor parte de los caracteres sinceros son inconsecuentes; más no quiero hablaros de mí, sino de la nacion desventurada á quien tan cruelmente maltratais. ¿Será, por ventura, mi afecto á mis amigos lo que os inspira esa amarga malevolencia? me conoceis demasiado para tener celos de ellos; y no soy tan vana que suponga en vos un sentimiento capaz de haceros injusto con tanto extremo. Decís de los Italianos lo mismo que dicen todos los extranjeros, lo que se advierte á primera vista; pero es menester internarse mas para juzgar de este país, que en diferentes épocas ha sido tan grande. ¿Por qué esta nacion ha sido bajo la dominacion de los Romanos la mas militar del orbe, la mas celosa de su libertad en las repúblicas de la edad média, y en el siglo XVI la mas ilustre en letras, artes y ciencias? ¿No ha caminado en pos de la gloria bajo todas sus formas? Y si ya no la posee, ¿por qué no culpais su situacion política, pues en otras circunstancias se ha mostrado tan diversa de lo que es en el dia?

» Ignoro si me engaño, mas los defectos de los Italianos solamente me inspiran un sentimiento de compasion de su suerte. Los extranjeros de todos tiempos han conquistado y despedazado este hermoso país, objeto de su perpetua codicia; y los extranjeros baldonan amargamente á esta nacion los defectos propios de las naciones vencidas y despedazadas!

La Europa ha recibido de los Italianos las artes y las ciencias, y ahora que ha vuelto contra ellos sus propias armas, les disputa hasta la postrera gloria que se concede á las naciones faltas de fuerza militar y de independenciam, la gloria de las artes y de las ciencias.

» Es tan cierto que los gobiernos hacen el carácter de los pueblos, que en esta misma Italia se ven diferencias notables en las costumbres entre los diversos Estados que la componen. Los Piamonteses forman un cuerpo de nacion, aunque corto, y tienen mas espíritu militar que los demas Italianos; los Florentinos, que han tenido libertad ó príncipes instruidos, son ilustrados y amables; los Venecianos y los Genoveses manifiestan capacidad para las ideas políticas, porque existe entre ellos una aristocracia republicana; los Milanese son mas francos, porque las naciones del norte les han comunicado há mucho tiempo este carácter; y los Napolitanos se harian con facilidad belicosos, porque gozan hace siglos de un gobierno propio. La nobleza romana debe ser ignorante y perezosa, porque nadie puede hacer cosa alguna militar ni políticamente; pero el talento de los eclesiásticos, que tienen carrera y ocupacion, está mucho mas cultivado que el de los nobles; y como el gobierno papal no admite ninguna distincion de nacimiento, y por el contrario es puramente electivo en orden al clero, viene á resultar una especie de ilustracion, no en las ideas,

sino en los hábitos, que hace á Roma la mansion mas agradable para cuantos carecen de ambicion ó de posibilidad de tener alguna representacion en el mundo.

» Los pueblos del mediodía reciben con mas facilidad que los del norte las modificaciones que les dan sus leyes; tienen cierta indolencia que pronto se convierte en resignacion; y la naturaleza los brinda con tantos deleites, que se consuelan sin mucha dificultad de que la sociedad les niegue algunos beneficios. Hay, por cierto, mucha corrupcion en Italia; no obstante, la civilizacion está mucho ménos refinada que en otros países, y casi pudiera encontrarse cierta selvatiquez á este pueblo, en medio de la delicadeza y astucia de su carácter; porque esta astucia se parece á la del cazador en el arte de sorprender su presa. Los pueblos indolentes no tardan en hacerse falsos; tienen un hábito de complacencia, que les sirve para disimular cuando les conviene hasta su ira, y siempre, en efecto, se oculta una situacion accidental con modales de costumbre.

» Los Italianos tienen sinceridad, y son fieles en las relaciones privadas: el interes y la ambicion los dominan, mas no el orgullo ni la vanidad; las distinciones de clase les causan poquísima impresion; no hay entre ellos sociedad, ni tertulia, ni moda, ni ningun otro de los medios mezquinos de hacer diariamente papel: semejantes principios habituales de disimulo y de envidia no existen aquí: cuando

engañan á sus enemigos ó á sus competidores, es porque se consideran mutuamente en guerra; pero en paz, usan de franqueza y de verdad; y esta misma verdad causa el escándalo que censurais. Las mujeres oyen continuamente conversaciones de amor, viven en el seno de sus seducciones, y de sus ejemplos, y no ocultan los sentimientos del alma, y en los mismos amores manifiestan una especie de inocencia. Algunas son tan ignorantes que no saben escribir, y lo dicen públicamente; hacen que responda á un billete amoroso su procurador (*il paglietto*) en papel largo, y en estilo de memoria; pero en recompensa, entre las instruidas, vereis muchas profesoras en las academias, dando lecciones públicas con su banda negra; y si os burlárais de esto, os responderian: *¿Es malo saber griego? ¿es malo ganar la vida trabajando? ¿por qué os reís de una cosa tan natural?*

» En fin, milord, ¿hablaré de otro punto mas delicado? ¿procuraré averiguar por qué los hombres manifiestan á veces poco espíritu militar? Exponen su vida facilísimamente por el amor y el odio, y las puñaladas dadas y recibidas con este motivo no causan admiracion, ni acobardan á nadie; no temen morir, cuando las pasiones naturales mandan arrostrar la muerte; pero por lo regular, es menester confesarlo, aman mas la vida que los intereses políticos, que no les importan, porque no tienen patria. El honor caballeresco no ejerce tampoco mu-

cho imperio en una nacion, donde no existen ni la opinion, ni la sociedad que la forma: y es muy natural que en semejante desorganizacion de todos los poderes públicos, tomen las mujeres mucho dominio sobre los hombres, si bien acaso tienen demasiado para respetarlos ó poderlos admirar. Sin embargo, su conducta respecto de ellas es sumamente fina y rendida. Las virtudes domésticas son en Inglaterra la gloria y la felicidad de las mujeres; mas si hay países en que subsista el amor fuera de los vínculos santos del matrimonio, entre estos países, ninguno contempla tanto la felicidad de las mujeres como Italia: hanse hecho los hombres una moral para relaciones ajenas de la moral; pero á lo ménos han sido justos y generosos en el señalamiento de las obligaciones; se han considerado á sí mismos como mas delincuentes que las mujeres, cuando rompian los lazos del amor, porque las mujeres habian hecho mas sacrificios, y perdian mas; han creído que ante el tribunal del corazon, los mas culpados son los que hacen mayor mal; cuando yerran los hombres es por dureza; cuando yerran las mujeres es por debilidad. La sociedad que es juntamente rigurosa y corrompida, esto es, implacable para los errores, cuando producen desgracias, debe ser mas severa con las mujeres; pero en un país donde no hay sociedad, tiene mas influjo la bondad natural.

» Las ideas de consideracion y de dignidad, lo

confieso, son mucho ménos poderosas, y aun ménos conocidas en Italia que en otra parte alguna, por la misma falta de sociedad y de opinion pública; mas á pesar de cuanto se ha ponderado la perfidia de los Italianos, defiendiendo que es uno de los países donde se halla mas bondad. Es tanta, por lo tocante al orgullo, que siendo este el pueblo de quien peor han hablado los extranjeros, reciben en él una acogida benévola y cariñosa. Acúsase á los Italianos de aduladores; pero es preciso confesar que pocas veces lo son por cálculo, sino por deseo de agradar, y que con este único fin prodigan aquellas dulces expresiones, inspiradas por una verdadera propension de afecto, y no desmentidas por la conducta habitual de su vida. Empero, ¿serian todos fieles á la amistad en circunstancias extraordinarias, si fuese menester exponerse por ella á los peligros y á la adversidad? Pocos, es cierto, poquísimos habria capaces de tanto esfuerzo; mas esta observacion no es solamente aplicable á Italia.

» Los Italianos tienen en sus costumbres una pereza oriental, pero no hay hombres mas tenaces ni mas activos en llegándose á exaltar sus pasiones. Esas mismas mujeres que estais mirando indolentes como las esclavas del serrallo, son capaces improvisamente de las acciones mas generosas. El carácter y la imaginacion de los Italianos contienen misterios, y hallareis en ellos una alternativa de rasgos imprevistos de amistad y grandeza de alma, y de

pruebas tremendas y terribles de odio y de venganza. No hay aquí emulacion por nada, la vida no es mas que un sueño pensativo bajo un hermoso cielo; pero dad á estos hombres algun objeto, y los vereis aprenderlo y saberlo todo en seis meses. Así sucede con las mujeres, ¿para qué han de instruirse, si la mayor parte de los hombres no las entenderian? Aislarian su corazon, cultivando su entendimiento; mas esas mismas mujeres se harian presto dignas de un hombre de mérito, si este hombre de mérito fuese objeto de su cariño. Aquí todo duerme; pero en un país donde están sin accion los grandes intereses, el descanso y la indolencia son mas nobles que una agitacion por cosas dignas de menosprecio.

» Las letras mismas desfallecen donde no se renuevan los pensamientos con la accion fuerte y variada de la vida. ¿Y en qué país, no obstante, se ha manifestado nunca mas admiracion á la literatura, y á las bellas artes que en Italia? La historia nos demuestra que los pontífices, los príncipes y los pueblos, han prodigado en todos tiempos á los pintores, á los poetas, y á los escritores celebrados los mas brillantes obsequios (1). Este entusiasmo del

(1) Mr. Roscoe, autor de la historia de los Médicis, ha publicado mas recientemente en Inglaterra una historia de Leon X, que es una obra verdaderamente maestra en su clase, donde cuenta las muestras de admiracion y aprecio que han dado á los literatos eminentes los príncipes y el pueblo de Italia, manifestando asimismo con imparcialidad los papas que han tenido sobre este punto un modo de obrar generoso en extremo.

talento es, no lo niego, milord, uno de los principales motivos de mi amor á este país; en él no se encuentra la imaginacion estragada, el espíritu de desaliento, ni la despótica medianía que en otras partes atormentan ó sofocan el genio natural: una idea, un sentimiento, una expresion feliz dan fuego, digámoslo así, á los oyentes: y el talento excita suma envidia por lo mismo que es tan estimado. Pergolese fué asesinado por su *Stabat*; Giorgione se armaba con una coraza cuando tenia que pintar en sitios públicos; pero los celos violentos que mueve el talento entre nosotros, son los mismos que en otras partes inspira el poder; estos celos no envilecen su objeto, pueden aborrecer, proscibir, matar, y con todo unidos al fanatismo de la admiracion, estimulan todavía el genio, al propio tiempo que le persiguen. En fin, al ver tanta vida en tan breve circulo, y en medio de tantos obstáculos y sujeciones de todas clases, me parece imposible no tomar vivo interes en favor de este pueblo, que respira con afán el poco aire que la imaginacion hace penetrar por entre los limites que le contienen.

» Estos límites, no lo negaré, son tales, que pocas veces adquieren ahora los hombres en Italia aquella dignidad, y aquella altivez distintiva de las naciones libres y militares; y aun confesaré, si lo exigís, que el carácter de estas naciones pudiera inspirar á las mujeres mas entusiasmo y mas amor;